

# UNA LECTURA ACERCA DE LA INTERACCIÓN DEL ENCUENTRO Y EL DESTINO EN ANDRE GIDE

Erbetta, Anahí Evangelina

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata. Argentina

---

## RESUMEN

En “Juventud de Gide, o la letra y el deseo”, Lacan destaca la frase con la que el escritor describe su encuentro con su amada Madeleine: “aquel instante que decidió su vida” (Lacan, 1958, pp. 733) Acontecimiento que tiene su presagio en uno anterior, aquel en el que su tía Mathilde dejó una impronta que marcó el niño desvitalizado que fuera en su infancia. Lacan afirma que este encuentro puede ser entendido como un jeroglífico y, como tal, plausible de ser transferido de un texto a otros. Para esclarecer este punto, nos detendremos en ciertos fragmentos de “La porte étroite” (Gide, 1909) donde nuestro autor relata noveladamente estos episodios fácticos de su biografía. Nos proponemos argumentar la hipótesis de que el encuentro con la mujer con quien consumara una alianza “pura” halla sus resortes en un acontecimiento previo, interrogándonos acerca de su posible nexa. A partir de este material nos preguntamos por la dialéctica de la repetición y del encuentro en lo que hace destino, para problematizar la cuestión ética de la libertad subjetiva desde la perspectiva del psicoanálisis.

## Palabras clave

Gide, Encuentro, Destino, Psicoanálisis

## ABSTRACT

AN ANALYSIS ABOUT THE INTERACTION OF THE ENCOUNTER AND THE DESTINY IN ANDRE GIDE

Summary In “Youth of Gide, or the letter and desire”, Lacan highlights the phrase with which the writer describes his encounter with his beloved Madeleine, “the moment which decided his life.” (Lacan, 1958, pp 733) event that has its presage in a previous one, the one in which his aunt Mathilde left an imprint that marked the devitalized child that he was in his childhood. Lacan claims that this meeting can be understood as a hieroglyph and as such, plausible to be transferred from one text to another. To clarify this point, we'll focus on certain fragments of “La porte étroite” (Gide, 1909) where our author tells in a novel these factual episodes of his biography. We intend to develop the hypothesis that the encounter with the woman with whom he consummated a “pure” alliance is conditioned by a previous event, interrogating about their possible link. From this material we analyze the dialectic of repetition and the encounter in making a destiny, to problematize the ethical question of the freedom of the subjects from the perspective of psychoanalysis.

## Key words

Gide, Meeting, Destination, Psychoanalysis

## Introducción

Se puede constatar a lo largo de la obra de Jacques Lacan su apoyo en ciencias auxiliares para inspirar su teorización psicoanalítica. Lejos de ostentar su vasto conocimiento por terrenos ajenos a su “retorno a Freud”, se ha servido de la lingüística, la antropología estructural, la topología, entre otras disciplinas, para reformular el discurso psicoanalítico.

En la misma senda encontramos a lo largo de su obra recurrentes referencias literarias. Es así que en 1958 escribe “Juventud de Gide, o la letra y el deseo”, inspirado en el carácter autobiográfico del autor y de los escritos de Jean Delay y Jean Schlumberger.

Del análisis del caso Gide me interesa destacar la frase escrita por el autor (y retomada por Lacan) con la que describe su encuentro con Madeleine: “aquel instante que decidió su vida” (Lacan, 1958, pp. 733) Acontecimiento que tiene su presagio en uno anterior, aquel en el que su tía Mathilde dejó una impronta que marcó el niño desvitalizado que fuera en su infancia. El encuentro con quien consumara una alianza pura, un matrimonio “blanco”, halla entonces sus resortes en un acontecimiento previo, lo cual nos lleva a interrogarnos su posible nexa.

Lacan afirma que el “sello de ese encuentro[i] no es solamente una impronta, sino un hieroglifo[ii] y puede ser transferido de un texto a otros”[iii] (Lacan, 1958, 736). Para esclarecer esta cita, nos detendremos en ciertos fragmentos de “La porte étroite” (Gide, 1909) que relatan noveladamente estos episodios fácticos de su biografía. Así se desliza la cuestión acerca de la incidencia de la dialéctica de la repetición y el encuentro, o lo que puede denominarse “el problema de las relaciones entre desarrollo y destino” (Napolitano, 2005, 137) en el campo de la constitución subjetiva.

Es aquí donde el método[iv] del psicoanálisis ilumina una nueva perspectiva en el planteo ético respecto de la elección. Si se ha encargado de ensayar una respuesta, es por una razón práctica: Si los seres parlantes estuviéramos destinados por una fuerza mayor, ¿qué margen de libertad tendríamos? Si no existiría la posibilidad de una decisión “a rehacer”, ¿no sería el análisis una estafa?

Entonces, la cuestión que subyace, y que nos compromete éticamente, se sitúa en aquel margen de libertad, o de posible elección que suponemos al sujeto. Con ese fin, y valiéndonos de este caso de la literatura, interrogaremos la teoría psicoanalítica en sus conceptos de sujeto, deseo, elección, y el par automaton y tyche para acercarnos a la particular definición de “destino” que Lacan enuncia hacia el final de su enseñanza.

## Un encuentro que hace destino

El estudio psicobiográfico de Delay encuentra en las obras de Andre Gide (1869 – 1951) su principal fuente, debido al carácter autobiográfico de las mismas. El escritor mismo destaca que su vocación literaria encontró un valor decisivo en “la tragedia de su infancia”, aquellos años atormentadores y solitarios. “Aquel niño que había comenzado muy mal” logró, merced a las formulas de transformación que supone la posibilidad de la elección, lograr una vida al que

parecía no destinado.

Lacan se ha nutrido de las confesiones que se encuentran desperdigadas en su vasta obra y que lo convierten en un “ilustre paciente” (Lacan, 1959, pp. 513). De estas confidencias, alguna debemos tomar, nos aclara, ya que la dimensión de su obra “añade algo al equilibrio del sujeto” (Idem, pp. 513)

De las obras del autor, tomaremos la que se considera su primer éxito literario: “Le porte étroite”, escrita en 1909. De esta ficción nos interesa resaltar la manera en que aparecen aquellas figuras femeninas que componen su constelación familiar.

La primera escena se sitúa luego del fallecimiento de su padre, a los once años. El escenario es la ya visitada casa normanda de sus tíos, donde pasaría el verano acompañado por su madre. Gide personifica bajo los nombres de Lucile y Alissa Bucolin a su tía y a su prima.

Lucile es descrita en franca oposición de su madre; de semblante vivaz, juvenil, vestida con colores y accesorios que llaman *secretamente* su atención. El pequeño Jerome (una suerte de doble del autor) refiere: “experimentaba un malestar extraño cerca de mi tía, un sentimiento hecho de turbación, de cierto género de admiración y de miedo. Tal vez un oscuro instinto me prevenía de ella” (La puerta estrecha, 1909, pp. 13). Sin embargo, un día de aquel verano, es sorprendido por su acercamiento brusco, que provoca un contacto corporal que turba al pequeño. La tía lo toma entre sus manos, y le desabrocha un botón de la ajustada camisa de marinero que llevaba. Desliza su mano debajo de la prenda, y esas cosquillas configuran una escena de seducción de la cual el niño huye corriendo. Aquel sentimiento “complejo e indeciso” (Idem, pp. 15) hacia su tía se volvería odio más adelante.

El autor continúa su relato hablando de su prima Alissa. La compara con la Beatriz de Dante, y destaca su expresión triste e interrogante en un rostro que se le desdibuja en la memoria. “Os explicaré de qué modo esta interrogación se apoderó de mí, constituyó mi vida” (Idem, pp. 16) En torno a este personaje se tejerá la segunda escena.

Pasarán dos años para que una tarde, asaltado por el deseo de ver a su prima, se precipite hacia la casa de los Bucolin. Recuerda que en aquel caserón el centro de atención lo constituía, una vez más, otra crisis de su tía Lucile. Alissa, mientras tanto, estaba recluida en su cuarto. Allí la sorprende Jerome, su rostro cubierto de lágrimas y de pesar; “aquel instante decidí mi vida, todavía hoy no puedo recordarlo sin ansiedad”, (Idem, pp. 17). Ese momento definió un único objetivo en torno al cual constituirá su vida: proteger aquella niña contra todo miedo, contra todo mal.

En su escrito Lacan subrayará la expresión que Gide utiliza en “Le porte étroite” para referirse a esta escena con su prima Madeleine, inauguradora de un amor puro que lo unirá para siempre con aquella mujer. El carácter transformador de este encuentro encuentra su antecedente en el impacto que su tía Mathilde ejerció en sus años infantiles, una influencia que logra falicizar a ese niño signado por el deber que dictaba el mortificante deseo materno. Juliette Gide, descrita por Delay como una mujer que centraba su preocupación en torno a la moral, se esforzó desde el origen en que su niño crezca en el contexto del deber. Su conducta vigilante y controladora sobre su hijo, sobrepasaba su espíritu protestante para concernirla en una particular posición respecto del deber. De allí que la pregunta oportunamente clínica acerca de ¿qué fue ese niño para su madre? (Lacan, pp. 729), nos lleva a los componentes del discurso materno. Este aspecto, determinado y determinante simbólicamente, se halla conmovido por la fuerza de lo tíquico del encuentro, que vivifica aquello que parecía destinado a la desvitalización.

De allí que Lacan remarca la dimensión del deseo articulándolo “al fuego de un encuentro *que* ha impreso su blasón” (Lacan, 1958,

736). Entonces, el encuentro ocasiona una marca, a la manera de una figura, señal o pieza como aquellas que se ponen en un escudo para individualizar un linaje.

#### Las moiras de Gide

Según Miller: “A nivel de destino, la posición de Gide se inscribe en relación a las figuras femeninas” (Miller, pp. 23). La madre, Mathilde y Madeleine se ubican como aquel trío de hadas que la mitología griega reconocía en “las moiras” o los romanos “en las parcas”. ¿Qué ficciona ese mito? Primero, recordémoslo: “Zeus, que sopesa las vidas de los hombres e informa a las Parcas de sus decisiones puede, según dicen, cambiar de idea y salvar a quien le plazca, cuando el hilo de la vida, hilado por el huso de Cloto y medido con la vara de Láquesis, está a punto de ser cortado por las tijeras de Atropo”. [v]

Es interesante referirse a la etimología de estos nombres: Cloto, la hilandera, Láquesis, “la que hecha a suertes”, Atropo, inexorable, inevitable, que no gira, es la que corta el hilo de la vida.

Se trata entonces de figuras mitológicas para explicar el destino, aquello que estaría escrito o señalado luego de nacer, y que el ser humano desplegaría sin saberlo.

De gran peso para el devenir artístico de André Gide será la influencia de ese trío de mujeres. Destacaremos la particular posición de aquel niño en relación a la oscuridad que plantea el Deseo del Otro. Vale la pena señalar que aquel niño, que se debate “entre la muerte y el erotismo masturbatorio” (Lacan, 1958, pp. 732) ha perdido a su padre, aquel que hubiera humanizado su deseo. De esta situación Lacan hace depender la clandestinidad que adopta el deseo en Gide, una peculiar manera de estar fuera de la ley, en secreto.

Pasemos ahora a recorrer el análisis que ofrece Lacan respecto de esta posición en relación al deseo y al goce en el seminario V y VI.

#### De niño desagraciado a niño deseado: una suerte de salvación

En esta altura de su elaboración, Lacan se esfuerza en articular la originaria triada de elementos; el niño, la madre y el falo, y su relación a la dimensión cuaternaria que representa el Nombre del Padre. En este contexto se vale del caso Gide, para ilustrar un particular caso de perversión.

Señala que la soledad de su autoerotismo primitivo, que alcanzaba la satisfacción en conjunción a imágenes catastróficas, hacen del pequeño Gide un niño “desgraciado”.

Totalmente “insituado” frente a lo enigmático del Deseo Materno, Lacan afirma que el encuentro con su prima produce un punto de viraje decisivo, gracias al cual el joven Gide recupera “sentido y constitución humana” (Lacan, 1958, pp. 267). Es su amor por lo clandestino lo que lo precipita al encuentro con su prima. Sin embargo, Lacan se pregunta por lo que ha sucedido antes, en la escena de seducción descrita previamente, y que en nuestro desarrollo hemos anunciado como “primer escena”.

Allí, dice Lacan, él “se había encontrado por primera vez en posición de niño deseado. Esta situación nueva, que en cierto modo será para él una salvación, lo fijará aun así en una posición profundamente dividida en razón del modo atípico, tardío y lo repito, sin mediación, en que se ha producido aquel encuentro” (Idem. Pp. 267)

Rescatamos de esta cita, el poder de “salvación” que adjudica al encuentro, así como el valor de fijación en términos de su posición frente al goce. Más adelante aclarará que aquello de lo que Gide se enamora en ese instante, y para siempre, es de ese niño que fue en brazos de su tía. “Toda su vida está allí” (Idem, pp. 268)

¿No es acaso ese imagen a la que se identifica su yo (moi) la que reencuentra en su prima angustiada, que lo llevara a encargarse

de cuidarla de por vida, en una amor *hiperidealizado*[vi] a su mujer pero sin deseo?

La dilucidación de su homosexualidad vendrá articulada a este episodio que fija su elección de goce. “La perversión de André Gide no reside tanto en el hecho de que pueda desear chicos, sino al chico que él había sido (i) (Idem, pp. 268).

En el seminario VI, aclarará la escisión en el homosexual delineada en su primer acceso identificatorio en la relación primordial con la madre y la segunda identificación imaginaria con su forma especular, i (a).

Pero sabemos que su perversión es ubicada también en torno al valor de fetiche que adquieren las cartas, entendido retroactivamente por el efecto devastador que tendrá en su vida el saber que Madeleine las ha quemado en un acto “medeico”, si vale el neologismo. En “El deseo y su interpretación”, (1958.1959) Lacan da al valor de la letra (considerado el equívoco en francés, de letra y carta) la fuerza de la sublimación, en tanto permite reconvertir el deseo en producción del símbolo. “La sublimación está en la reconversión del atolladero del deseo en la materialidad significativa” (Idem, pp. 513)

#### El valor de lo accidental en el determinismo

*“Es que hace falta ya una buena*

*dosis de adiestramiento intelectual para creer en el azar; el primitivo, el ignorante, y sin duda también el niño, saben indicar una razón para todo lo que sucede”*

Freud, “La feminidad” pp.114

Si bien Lacan ha enfatizado en su obra el determinismo estructural vehiculado por la inmersión del sujeto en el baño del lenguaje, ha señalado aquella “insondable decisión del ser” (Lacan, 1946, pp. 168) como el desplazamiento necesario para comprender o desconocer su liberación. Es aquella brecha donde reside la potencial singularidad, hipótesis necesaria para que la praxis del psicoanálisis no se vea reducida a una estafa.

Vayamos ahora al seminario XI, para detenernos en la teorización acerca de la causación del sujeto. La constitución del sujeto en el psicoanálisis de orientación lacaniana se plantea en articulación a la estructura de lenguaje y al objeto a. Lacan propone dos operaciones situados en dos tiempos: el tiempo del sujeto (alienación) y el tiempo del objeto (separación)

El determinismo que impone el baño del lenguaje sobre el sujeto lo aliena en su misma constitución, siendo ésta producto de una elección forzada. No hay elección del sujeto en la entrada al lenguaje. La primacía del significativo provoca un sujeto “entre dos muertes”, el factor letal del significativo entraña necesariamente una pérdida cuyos ejemplos son “la bolsa o la vida”, entre el ser y el sentido.

Esta causa material, primera, supone que *“el significativo es lo que representa a un sujeto para otro significativo”*[vii], escisión original del sujeto que lo divide entre S1 y S2. Será asimismo la red de significantes la que a su vez implicará los retornos.

La segunda determinación viene dada por la operación de pérdida que deviene causa, condensada en el objeto a. En el intervalo entre S1 y S2 el sujeto se encuentra con el deseo del Otro; “lo que colocará allí es su propia falta bajo la forma de la falta que produciría en el Otro por su propia desaparición”[viii].

Ante la pregunta del “¿Qué me quiere? hará de su propia desaparición la respuesta ante la falta del Otro. “Suicido inaugural” dirá Lacan. “El primer objeto que (el niño) propone al deseo parental cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida- ¿Puede perderme? El fantasma de muerte, de su desaparición, es el primer objeto que el sujeto tiene para poner en juego en esta dialéctica” [ix]

La causalidad retomada a la altura del Seminario XI a partir de la interpretación lacaniana de la *tyche* y *automaton* de Aristóteles permite sopesar la incidencia de lo real sobre el determinismo simbólico. Así lo accidental se convierte también en causa del ser.

Es así que las categorías aristotélicas de *automaton* y *tyche* nos sirven para pensar las figuras del destino. Entre la determinación simbólica del sujeto y la sobre determinación de lo real como causa accidental, ¿hay lugar para la elección subjetiva?

Explorar los caminos de un privilegio posible de la *tyche* (el encuentro afirmativo) sobre el *automaton* (la dimensión mecánica de las consecuencias y las repeticiones) nos dará una brújula.

Entonces, aquello que sucede por “azar”, acude al encuentro del fantasma, se trata del papel desempeñado por el deseo que no se sabe: “La *tyche* como encuentro del real supone una elección del sujeto que se sitúa en el campo del inconsciente y no del pensamiento. (...) lo que sucede como por azar va al encuentro del fantasma. **Se trata pues del papel cumplido por el deseo del sujeto en el encuentro**[x]. Aunque no se reduce al *automaton*, la *tyche* también está determinada por un saber que no se sabe”

Ese saber que no se sabe es la dimensión del inconsciente como no realizado, *la causa que cojea*. “El inconsciente nos muestra la hiancia por donde la neurosis empalma con un real, real que puede muy, por su parte, no estar determinado”[xi]

Es en esa hiancia donde se instala el margen de libertad, ya que si la causa del inconsciente está perdida es la única oportunidad que tenemos de ganarla. Allí ubicamos esa “insondable decisión del ser, en la que éste comprende o desconoce su liberación”[xii]

#### Comentarios finales

Encuentro en un libro de reciente publicación, “La libertad en psicoanálisis” (Lombardi, 2015), una tesis que se encuentra en sintonía con lo que venimos desplegando, al suponer una “responsabilidad moral por lo tíquico”. Basándose en la indicación lacaniana, recuerda que la responsabilidad respecto de la posición subjetiva es necesaria, de lo contrario “estará la culpabilidad, consciente o inconsciente, como recordatorio del desgarramiento moral, traumático en sí mismo, que resulta de desmentir la satisfacción que encontramos en el infortunio o el deseo que realizamos clandestinamente en el accidente afortunado” (Lombardi, 2015, pp. 97)

Por ello el artista, a diferencia del neurótico, realiza un destino en el accidente que desea preservar a través de la sublimación. André Gide constituye un ejemplo paradigmático en este sentido.

Finalmente, y como anunciábamos en la introducción, encontramos en su Seminario dedicado a Joyce, el señalamiento que Lacan realiza respecto de la implicación del sujeto en aquello que hace destino, en torno a la idea de “trama”. En sus palabras: “Las casualidades nos empujan a diestra y siniestra, y con ellas construimos nuestro destino, porque somos nosotros quienes lo trenzamos como tal. Hacemos de ellas nuestro destino porque hablamos. Creemos que decimos lo que queremos, pero es lo que han querido los otros, más específicamente nuestra familia, que nos habla. (...) Hay en efecto una trama- nosotros la llamamos nuestro destino”[xiii]

## NOTAS

- [i] Hace referencia a la escena de seducción de su tía, que se describirá más adelante
- [ii] Si bien la expresión que se encuentra en el texto es “hieroglifo”, designa lo que entendemos por “jeroglífico”. Se trata de un tipo de escritura propia de algunas antiguas civilizaciones (como la egipcia, hititas o maya) que suele basarse en símbolos y no en valores fonéticos o alfabéticos. «Jeroglífico», por extensión, también se aplica a cualquier escritura de difícil interpretación o a un pasatiempo que contiene un acertijo a través de figuras. *Resulta de interés subrayar esta expresión para designar aquel encuentro que deviene escritura.*
- [iii] Lacan, J. (1958) Juventud de Gide o la letra y el deseo. *Escritos 2*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires, 1987. pp. 736.
- [iv] Vale la pena aclarar que Lacan evita hablar de “psicoanálisis aplicado”. En este escrito, señala que el mismo Delay se ha negado a incluir su obra bajo aquella rúbrica. “Ante todo rechaza lo que esta calificación absurda traduce acerca de la confusión que reina en este paraje. El psicoanálisis sólo se aplica, en sentido propio, como tratamiento, y por lo tanto, a un sujeto que habla y oye” (Lacan, 1958, pp. 727)
- [v] Graves, Robert (1981) “Los mitos griegos”, 1 ed. 5 reimp. Buenos Aires, Ariel, 2014, pp. 15
- [vi] Expresión usada por Lacan (1959, pp. 513)
- [vii] Jacques Lacan, clase del 14 de mayo de 1969, *Seminario XVI “De un Otro al otro”*, Ed. Paidós, Buenos Aires, (2008), pp. 282
- [viii] Jacques Lacan, “Posición del inconsciente”, *Escritos 2*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, (2003), pp. 823
- [ix] Jacques Lacan, clase del 27 de mayo de 1964, *Seminario XI “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*, Ed. Paidós, Buenos Aires, (2006), pp. 222
- [x] El subrayado es mío.
- [xi] [xii] Daniella Eleb, “Figuras del destino. Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro con lo real” Ed. Manantial, Buenos Aires, (2007), pp. 22
- [xii] Jacques Lacan, “Acerca de la causalidad psíquica”, *Escritos 1*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, (2003), pp.168
- [xiii] Jacques Lacan, “Joyce, el síntoma” de 1975, *Seminario XXIII “El sinthome”*, Ed. Paidós, Buenos Aires, (2009), pp. 161

## BIBLIOGRAFÍA

- Delay, J. La jeunesse d'André Gide Volúmenes I y II. Gallimard. Paris, 1956 y 1957.
- Eleb, D. (2007) Figuras del destino. Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro con lo real. Ed. Manantial, Buenos Aires.
- Freud, S. (1932) La feminidad. 33ª conferencia. Amorrortu Editores, XXII.
- Gide, A. (1947) Et nunc manet in te. Diario íntimo. Editorial Losada, Buenos Aires, 1953
- Gide, A. (1909) La porte étroite. Mercure de France, 1959.
- Graves, R. (1981) Los mitos griegos, 1 ed. 5 reimp. Buenos Aires, Ariel, 2014
- Lacan, J. (1975 – 1976) “Joyce, el síntoma”. Seminario XXIII “El sinthome”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2009.
- Lacan, J. (1946) Acerca del causalidad psíquica, *Escritos 1*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires, 1987.
- Lacan, J. (1957.1958) Seminario V. Las formaciones del inconsciente. Editorial Paidós, 1999.
- Lacan, J. (1958) Juventud de Gide o la letra y el deseo. *Escritos 2*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires, 1987. pp. 719-743.
- Lacan, J. (1958.1959) Seminario VI. El deseo y su interpretación. Editorial Paidós, 2014.
- Lacan, J. (1964) Posición del inconsciente, *Escritos 2*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
- Lacan, J. (1964). Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires. Editorial Paidós.

- Lacan, J. (1968 -1969) Seminario XVI “De un Otro al otro”, Ed. Paidós, Buenos Aires, (2008).
- Lombardi, G. (2015) La libertad en psicoanálisis, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Miller, J.-A. (1988) Acerca del Gide de Lacan. Malentendido 7. Buenos Aires, 1990.
- Napolitano, G. (2005) El caso Gide: una solución particular en las relaciones estructura-desarrollo. En Revista Universitaria de Psicoanálisis No. 5. Facultad Psicología UBA
- Rabaté, J.-M. (2006) Lacan literario: La experiencia de la letra, Siglo XXI, México.